

Nancy Huston

Árbol del olvido

Traducción del francés de Antonio Soler



Galaxia Gutenberg

NANCY HUSTON

Árbol del olvido

Traducción de
Antonio Soler

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *Arbre de l'oubli*
Traducción del francés: Antonio Soler Marcos

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo de 2022

© Nancy Huston, 2021
© de la traducción: Antonio Soler, 2022
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2022

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B 95-2022
ISBN: 978-84-18807-76-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A Cécile Raynal

Y a la memoria de JRC

... híbridos hechos de barro y alma...

PRIMO LEVI,
El fabricante de espejos

No es cuestión de decir, amo.
Solo es cuestión de gritar.

ROMAIN GARY,
Tulipe

Uagadugú, 2016

Sales con Hervé del aeropuerto de Newark el 12 de enero. Durante la escala en Bruselas compras un pequeño cuaderno negro, tú, Shayna, y escribes en él BURKINA FASO en letras mayúsculas. Todas las palabras estarán en mayúsculas en función de los gritos que a partir de ahora vayan apareciendo en tu interior.

Al llegar a Uaga el día siguiente por la mañana, tomáis una habitación en el Kavana, un hotel sin pretensiones ya conocido por Hervé, algo retirado del centro de la ciudad. Una vez deshecho el equipaje, os quitáis toda la ropa. Tomáis una ducha, hacéis dulcemente el amor, tomáis otra ducha. Os ponéis ropa limpia.

Hervé tenía razón: África supone un duro choque. Desde el instante en el que salís a dar una vuelta por el barrio, todos tus sentidos se desbordan con nuevas sensaciones. Calor severo y seco. Una muchedumbre en las calles. Hombres acuclillados delante de las tiendas. Mujeres cargadas con niños en la espalda e increíbles fardos en la cabeza. Críos en motos escandalosas que dejan a su paso nubes de humo negro. Niños peleándose en mitad del polvo rojo. Edificios nunca acabados. Aceras en las que se amontonan frutas y verduras, basura y neumáticos, baterías y ropa vieja. Hervé te explica que el hedor omnipresente proviene del plástico europeo que arde al aire libre en las afueras de la ciudad veinticuatro horas al día. Barahúnda, confusión, dificultad. Pero también: la sonrisa de la gente. Y la música: el dulce ritmo del balafón y del tambor que, débil o frenético, próximo o lejano, flota en el aire en todo momento sin que se sepa de dónde viene.

LA LUZ VUELVE, LENTAMENTE, DÉBILMENTE, TIENE UNA TONALIDAD AMARILLA, CEROSA, MÓRBIDA. EL ESCENARIO SE HA TRANSFORMADO EN UN LABERINTO, UN DÉDALO DE MUROS ALTOS DE GRANITO GRIS QUE FORMAN UNOS TRAMOS CORTOS CON ÁNGULOS INESPERADOS Y SE CORTAN ABRUPTAMENTE. NIÑOS DE TODAS LAS EDADES –BEBÉS, NIÑITOS, CHIQUILLOS, ADOLESCENTES– CAMINAN A TIENTAS ENTRE LA PENUMBRA. ALGUNOS VAN DE PIE, CON LOS BRAZOS EXTENDIDOS AL FRENTE, OTROS AVANZAN A GATAS. CHOCAN CONTINUAMENTE CON EL MURO. LOS BEBÉS NO GRITAN, LOS MAYORES NO GIMEN NI LLORIQUEAN. EN MEDIO DE UN SILENCIO ABSOLUTO, BUSCAN A TIENTAS A SUS MADRES. CUANDO CHOCAN CON UN MURO SE HACEN DAÑO Y EL PÚBLICO PUEDE SENTIR SU DOLOR –LA NARIZ, PIM, LA FRENTE, PAM– PERO NUNCA LLORAN. LO INTENTAN FRACASAN LO INTENTAN FRACASAN LO INTENTAN FRACASAN OTRA VEZ. LO INTENTAN

Bronx, 1945

En una habitación con las luces apagadas en el corazón de Morris Heights al oeste del Bronx hay una cama, sobre la cama una almohada, y sobre la almohada la bella cabeza con rizos morenos de un niño de cinco años. Joel. Está durmiendo, duerme apaciblemente. Hasta que un gemido lo saca del sueño.

Se sienta en la cama, desconcertado, sin saber dónde está. Se queda paralizado porque el gemido vuelve a oírse. Otra vez. Y otra. Es horrible. Quien gime es su madre, Jenka, el horrible sonido sale de la garganta en oleadas amargas, interminables, como un vómito. Detrás, Joel oye también la voz de su padre. Pavel le suplica a Jenka que se calme, pero al instante siguiente sus propios lamentos ahogados hacen que los gemidos agudos de su mujer suban aún más.

Joel siente palpar y acelerarse los latidos de su corazón. *¿Qué es lo que va mal? ¿Qué es lo que va mal?*

En la otra punta de la habitación, su hermano Jeremy también se ha despertado, ha sacado las piernas fuera de la cama, y, sentado, cabizbajo, se frota el cráneo. Desde siempre, cuando el pequeño Joel tiene miedo siempre acude a sus padres, pero ahora ese acto reflejo se ha cortado debido a las olas de pánico parental que atraviesan los muros. Cruza la habitación, impulsado por la imperiosa necesidad de calmarse con el contacto de una piel conocida. Jeremy lo mete en su cama y lo abraza. Al otro lado, los gemidos siguen. Los dos cuerpos pequeños y delgados permanecen tendidos, unidos durante un rato. Jeremy con ocho años y Joel con cinco, vestidos con pijamas de rayas azules e idénticos salvo por la talla.

¿Qué es lo que va mal?, lloriquea Joel en un susurro. Jeremy, ¿qué pasa?

He oído el teléfono, dice Jeremy con una voz grave a modo de respuesta.

Los gemidos de su madre se transforman en sollozos y acaban por extinguirse. Abrazados, los niños tardan en volver a dormirse.

El despertador los saca del sueño a las siete, como todos los días, pero no tardan en darse cuenta de que nada será como antes. Pavel, ya completamente vestido para ir a currar, está en la cocina preparando el desayuno. Nunca lo hace. No sabe dónde están las cosas. Se quema con el percolador.

¿Dónde está mamá?, pregunta Jeremy.

Eh, está un poco pachucha esta mañana, le he dicho que se quede en la cama. ¿Sois lo bastante grandes como para arreglaros solos, ¿no?

Joel ve un remolino de pelos dibujarse en la coronilla de su padre. Si Jenka estuviese allí se lo habría aplacado o por lo menos se lo habría hecho notar... pero él no se atreve. De pronto el aire se llena de un olor a pan quemado y Pavel se abalanza hacia el aparato.

Las rasparé y se podrán comer, susurra Pavel cogiendo las rebanadas de pan ennegrecido.

Pero cuando las raspa con un cuchillo, las rebanadas se desintegran.

Mamá no quema nunca el pan, dice Jeremy.

Mamá no está nunca enferma, se atreve a decir Joel.

No está realmente *enferma*, responde Pavel, y, después de echar la pila de migajas negras en la basura, coge una caja de Corn Flakes del armario. Más bien está trastornada.

Trastornada por qué, pregunta Jeremy.

No os preocupéis, cosas de mayores. No os preocupéis.

Mientras come sus Corn Flakes, Joel observa a su padre. El remolino del pelo le da un aire cómico. Se parece un poco a Archie, el personaje de los cómics. Ahora que lo piensa, Pavel tiene también los ojos desorbitados de Archie. Todo es raro esta mañana. Todo le da miedo. Ya hace meses que Hitler ha muerto,

la guerra ha terminado, entonces, ¿qué puede haber tan terrible?
¿Qué?

Puede ser que mamá esté realmente enferma, le dice a Jeremy en voz baja cuando vuelven a su habitación.

Qué va, tonto, es por los campos. Han debido de recibir un telefonazo de... Praga.

Yo creía que la guerra había acabado.

Que la guerra haya acabado no quiere decir que solo vaya a haber buenas noticias hasta el fin de los tiempos. ¿Eres tonto o qué?

El resto de su vida Joel asociará el Holocausto al pan quemado y a esos mechones rebeldes.

Se suceden otras noches de gemidos y otras mañanas sin Jenka. Poco a poco, los niños comprenden que todas las hermanas de su madre han sido transferidas de Terezín a los campos de la muerte en Polonia –su madre también, dos hermanos de Pavel también– y que ninguno de ellos ha vuelto de allí.

Otros días las noticias son buenas. Se enteran de que un primo muy querido ha sobrevivido. Que una tía ha tenido la suerte de llegar al barrio del Marais, en París, donde había sido escondida por unos bondadosos cristianos. Y luego está la cuestión de un juicio, en algún lugar de por allí.

Un día, antes de cenar, mientras Pavel lee el *Times* en el salón el periódico se le desliza de las manos y cae al suelo.

Una página interior, le dice a su mujer. Página 16. Página 16. ¿Te puedes creer eso...?

El pequeño Joel mira cómo su madre atraviesa la estancia. Recoge el periódico y lo abre. Ve cómo su cara pierde completamente el color. No, mamá, se dice él. No, mamá, te lo ruego, no grites. Jenka se sienta en el sofá al lado de Pavel. Sea cual fuere la noticia de la página 16, los dos adultos parecen encontrarla increíble y conocerla desde siempre al mismo tiempo. Jenka se pone de pie y vuelve a sentarse inmediatamente. Joel se hace pipí encima.

Todo el oeste del Bronx es presa de las mismas tensiones que el hogar de los Rabenstein. Se nota en el modo en el que la

gente habla en voz baja en el mercado. En los suspiros de las mujeres cargadas de grandes bolsas de carne y de verduras cuando se dejan caer pesadamente en las escalinatas para descansar. En la pinta de los hombres que, con una kipá negra o un sombrero de terciopelo marrón o un borsalino de fieltro gris, de pie o sentados en pequeños grupos en los parques, con un cigarrillo o un puro en el pico, se apoyan en sus bastones, dejando que la mirada se les pierda en el vacío.

En casa, las cosas van de mal en peor. Una noche, Jenka se arroja contra los muros de su habitación, otra noche se arranca los pelos a puñados. El pequeño Joel está aterrorizado. ¿Qué hacer para que su madre vuelva a ser la de antes, para que lo mime y se alegre por lo inteligente que es? De hecho, ella ya no está aquí. Su cuerpo está en el Bronx, pero su espíritu está en Checoslovaquia, en un lugar que se llama Terezín. Joel no entiende mucho. Todo lo que puede hacer es jugar con sus peluches y tratar de jugar mejor al ajedrez. A Jeremy se le metió en la cabeza hace unos meses jugar al ajedrez, pero a Joel le resulta difícil y Jeremy le gana siempre. Si le ganara a su hermano mayor al ajedrez, aunque fuese una vez, puede que Jenka estuviera de nuevo orgullosa de él, pero Jeremy anota los resultados en un trozo de cartón que tiene clavado en la puerta de su armario. Y en este momento marca Jeremy 86, Joel 0.

Ha habido otro cambio desde la noche de los gemidos. Pavel ha inscrito a los dos niños en el instituto hebreo de la avenida Marion. Hasta ese momento él y Jenka eran judíos laicos del tipo *Hay un solo Dios pero nosotros no creemos en él*, un tipo bastante extendido por no decir mayoritario en las metrópolis europeas de antes de la guerra. Pero ahora deciden que, en recuerdo de los miembros de la familia que han perdido la vida, los niños llevarán la kipá e irán a la escuela hebraica los miércoles por la tarde y los domingos por la mañana.

Para Joel eso quiere decir básicamente: aprender a hacer el *challah* y cómo decorar la casa el Sabbath, encender las velas para el Rosh Hashaná y a construir las cabañas para el Sucot. Lo que más le divierte, el primer año, es preparar crepes sin levadura con mucho limón y azúcar para el Séder de Pésaj y re-

cortar en papel verde largas cadenas de ranas y saltamontes en memoria de las diferentes plagas de Egipto. Al ser mayor, Jeremy estudia ya hebreo y recibe clases Talmud Torah para preparar su bar mitzvá. En casa, recita los pasajes bíblicos como un papagayo charlatán y Jenka se hincha de orgullo, mientras Joel no sabe dónde meterse. Todo el tiempo, cada minuto, lo dedica a memorizar cualquier cosa que caiga en sus manos: la bendición de las velas, el *Shema* y *ahava escucha, Israel. Eterno, nuestro Dios, el Eterno es uno, Bendito sea por siempre jamás el nombre de Su reino glorioso. Amarás a tu Dios Eterno, con todo tu corazón, con toda tu alma y todos tus medios*. Pero, aunque es maravilloso empaparse en tanto saber, está crispado permanentemente, obsesionado por el deseo de hacer volver a la vieja (es decir, a la joven) Jenka.

A los diez años, consigue finalmente ganarle a Jeremy al ajedrez. A partir de entonces queda abierta la guerra entre los dos hermanos.